
HASTINAPURA

diario para el alma

Año 1, Número 5, Noviembre Diciembre 2000

Índice

Editorial: ¿Quién es “el Dios verdadero?”.....	1
Vidas de Santos: San Benito de Nursia.....	3
Cuento: y discípulo.....	7
Hermann Hesse y el universalismo espiritual.....	8
Del Sagrado Bhagavad Gita.....	10
La Gran Verdad (Sobre la Biblia Hebrea).....	12
La sombra del ala.....	14
Parábolas del Reino de los Cielos: el grano de mostaza.....	15
Escuela para la mente: Psicología Hindú.....	17
Lenguas sagradas: divino sánscrito.....	19
Fragmentos.....	20
Hipocresía.....	20
Altar.....	20
Ancianos Videntes.....	20
Nube de ilusion.....	20
¿Por qué el voto de obediencia?.....	20
Baltasar, Melchor y Gaspar: Los tres Reyes Magos.....	20
Algo extraño.....	21
Eden.....	21
El verdadero fin.....	21
El perro, el maestro y el discípulo.....	21
Sabios Rabinos.....	21
Macario el egipcio.....	22
El Cristo chino: Mo Ti.....	22
Felicidad.....	22
Edades humanas.....	23
Pobreza.....	23

Editorial: ¿Quién es “el Dios verdadero?”

Hermano lector: el musulmán “opina” que “Alá es el Dios verdadero”, que Jesucristo fue apenas uno de tantos profetas, como Noé o Abraham...

Al nacer el Budhismo, en el oriente, sus secuaces “opinaban” que Budha era el auténtico mensajero de la Verdad, encarnación de Dios sobre la Tierra, y que hindúes y otras religiones eran falsas... La historia y la recopilación de tanta ignorancia sería cuento de nunca acabar...

Con esa historieta del “Dios verdadero”, se ha regado la Tierra de sangre, se ha matado, se ha destruido la fraternidad humana, se han socavado los cimientos de la paz entre las naciones.

¿Quién es el “Dios verdadero”, en resumidas cuentas? ¿Es el Dios de Israel, que a diario envía a sus hijos a arrasar a los pueblos del Líbano, o es el Dios del Líbano que a diario envía a sus hijos a arrasar a los habitantes de Israel? ¿Será entonces, el “Dios verdadero”, el Dios de los cristianos, bajo cuya “dulce” bandera se quemaron en las hogueras inquisitoriales –por no hablar de otros crímenes horrendos- más de siete millones de criaturas humanas?

¿Tal vez, nos decimos, sea el Brahma de la India, ese “Dios verdadero?” ¿Pero... no fue acaso un hindú, un hijo del honorable Brahma, el que descerrajó sobre el corazón del apóstol de

HASTINAPURA

diario para el alma

la no-violencia, Gandhi, cuantas balas pudo, movido por el odio? ¿Eso aprendió de su “Dios verdadero?”

Hermano lector: ¡acabemos ya con esa farsa del “Dios verdadero”, por todos los Cielos! Basta de ese diabólico “lavado de cerebro” que las cofradías religiosas de todos los tiempos, a lo largo y ancho del mundo, han querido practicar sobre sus acólitos.

Podamos entender que el “Dios verdadero”, hermano lector, tiene, tuvo y tendrá una única Morada: el corazón del Hombre Bueno, el hombre sin garras para herir, sin fanatismos, sin dogmatismos, el hombre de bondad, adore a quien adore, siga el culto que siga, sea el de Brahma, sea el de Jesucristo, o el de Alá, que, en resumidas cuentas, las diferencias entre ellos las ponen los hombres, pero **Dios es uno**, lo nombremos con el hombre que queramos: **Dios es uno**.

Sonríe piadosamente cuando los ciegos te quieran “mostrar el Camino del Dios Verdadero” y te digan que El mora en su dogma, en la choza siniestra de su fanatismo, en su aquelarre mental, donde las brujas del divisionismo mezclan los filtros del odio y la anatema para separar al hombre del hombre.

Diles que pasaron esos tiempos, que el ser humano ha despertado de su largo sopor; este es **tiempo de universalismo**, de gritar que **la humanidad es una y Dios es uno y su único templo es el corazón del hombre bueno**, sea este cristiano, hindú, musulmán o budhista.

El “Dios verdadero” está en la vieja Biblia de los sagrados profetas judíos, cuando estos nos enseñan que debemos **“amar a Dios sobre todas las cosas”**.

El “Dios verdadero” está en la Biblia cristiana cuando ésta nos enseña que debemos **“amar al prójimo como a nosotros mismos”**.

El “Dios verdadero” se halla en la Escritura Sagrada de la India, cuando nos dice: “Quien no malquiere a ser alguno, el amable y compasivo... ese es a quien Dios ama”.

El “Dios verdadero” se halla en el Corán de los musulmanes, cuando este Corán nos enseña que **“sin el recuerdo constante de Dios, el hombre se halla a un paso del infierno”**.

En las grandes enseñanzas de todas las Religiones del mundo, no en los dogmas inventados por sus acólitos, se halla el camino hacia el “Dios verdadero”. El día que los hombres tomen conciencia de ello, el día en que ya no existan los árabes fanáticos, ni los fanáticos cristianos, ni los fanáticos judíos, ni los fanáticos hindúes, ese día el hombre será alquimizado en Superhombre, **nacerá la verdadera tierra santa** y volveremos a tener alas, pero en el corazón.

Nunca hemos de cometer el delito capital de desconocer las Escrituras Sagradas de las Religiones diferentes a la que nos es propia, ya sea por cultura o por elección: corremos el peligro de ver todo “del color del cristal por el cual observamos la vida”... corremos el peligro de fanatizarnos, el peligro de ahogarnos espiritualmente, y, en vez de Conocer el Océano, juzgar que éste tiene la dimensión de nuestro piletón dogmático.

Dios es Uno, el Hombre, la Humanidad, es Una. Sólo el egoísmo, la soberbia de nuestro ego, nos quiere hacer creer que “nos hemos quedado con la mejor parte de la torta”...

Para una **humanidad unida por las leyes del amor**, hemos de educar a la criatura humana, guiándola hacia el Universalismo, raíz de toda concordia y comprensión entre los seres.

Puedan los hombres del futuro, heredar de nosotros, un planeta curado de sus heridas conjuntamente con ese otro planeta del corazón, curado de sus dogmatismos.

Ada D. Albrecht

HASTINAPURA

diario para el alma

Vidas de Santos: San Benito de Nursia

por Silvia del Río

Transcurre en el año 480 d.C., mientras Europa es avasallada por guerras religiosas y políticas, y el Imperio Romano es presa de la decadencia y corrupción, nacen en el pequeño pueblito de Nursia, en la zona montañosa de los Apeninos dos gemelos: Benito y Escolástica. Al cobijo de una familia patricia cristiana, Benito es instruido por un sacerdote, y Escolástica por una institutriz. Los niños gustaban de jugar entre viñedos y los olivares, bajo el cuidado afectuoso de su nodriza Cirila. Y en esa comarca aislada crecían totalmente ajenos a los hechos del mundo. Era costumbre entre las familias patricias enviar a sus jóvenes a Roma al cumplir los quince años, para estudiar las artes, ciencias, retórica y derecho. Benito no fue la excepción. Es de imaginar la honda impresión que causó en el adolescente la aún gloriosa Roma. Al lado del goce de los sentidos y los placeres desenfrenados, halla Benito las antiguas basílicas, las catacumbas... y tantos recuerdos sagrados. Su alma se va nutriendo de imágenes sagradas; pero su espíritu cada vez se halla más disgustado con las ciencias y la retórica, en la que sólo ve juego sin contenido alguno. Su voluntad clama por la sabiduría divina, y cada vez soporta menos las vanas charlas de sus condiscípulos.

Al fin, decide abandonar sus estudios, su casa paterna y sus bienes. Se encamina, con su fiel nodriza Cirila, a una aldea de los Montes Sabinos, a 30 kilómetros de Roma, en la que hubiera permanecido seguramente mucho más tiempo en la honda contemplación divina, si un incidente no hubiera mostrado otros designios del Señor para su amado hijo Benito.

Un día, Cirila, pide prestado a una vecina un cedazo de barro; en un descuido, Cirila le da un golpe y el cedazo cae al suelo partiéndose en dos. Al llegar Benito encuentra a Cirila llorando profundamente afligida, por lo que Benito, llorando también, se arrodilla a rezar. Al poco tiempo, se levanta con el recipiente perfectamente sano, dirigiendo a Cirila palabras de consuelo.

La anciana, no escuchando a Benito, sale alborozada a la calle gritando: “¡Es un milagro!” Y cuenta el suceso a quien quiera oírlo, lo que atrae una muchedumbre a las puertas de la casa. Benito, mientras tanto, se hallaba en una casa vecina, y queriendo dirigirse a la iglesia, ve a la multitud parada frente a su casa. Sin saber de que se trata, quiere pasar entre ella saludando gentilmente para ir a rezar, pero la gente lo rodea clamando: “Benito, Benito, eres un santo, un santo. ¡Ora por nosotros!” Pero Benito, suplicando que lo dejen pasar, dice: “Silencio, silencio”.

El no busca ser adorado como santo, sino adorar a Dios. No quiere alabanzas, ni ser reconocido, sino sólo servir a Dios.

Los lugareños clavaron el cedazo en el muro de la Iglesia, en el que permaneció durante decenios, hasta la invasión de los longabardos, como recuerdo imborrable de la compasión de Benito.

La creciente popularidad molesta el ánimo de Benito quien, una mañana temprano, sin avisar a Cirila, parte sin rumbo determinado. Camina hasta llegar a un pequeño lago, en el valle de Aniom, allí se detiene ensimismado, contemplando la belleza de la región. En ese momento pasa por allí un monje que se detiene a saludarlo. Se presenta como el monje Romano del monasterio del abad Teodato. Le informa que ese lugar se llama Subiaco y se ofrece a ayudarlo en lo que necesite. Benito lo consideraba enviado por Dios, y le cuenta su necesidad de vivir en soledad para poder dedicarse a la plegaria y a la contemplación, sin distracciones, y que por esta causa busca un lugar para estar totalmente retirado. El monje le menciona que al otro lado del lago hay un monte escarpado con una pequeña gruta muy oculta. El corazón de Benito le indica que ése es el sitio, y se dirige a él guiado por el monje Romano.

Este bondadoso monje se siente conmovido por la devoción de Benito y promete asistirle en su manutención, por lo que cada día retira un poco de pan de su ración y, desde el

HASTINAPURA

diario para el alma

monasterio, que se hallaba sobre un acantilado muy alto, hace descender una cesta atada a un cordel, del cual pende también una campanita. Durante tres años vive Benito en esta gruta totalmente ignorado por todos, excepto por el monje y un cuervo que todos los días a la misma hora se posa en la gruta y comparte el pan de Benito. Pero un día, por circunstancias extrañas, la cesta no desciende, y así, al otro día, y al otro, y al otro.

Por ese tiempo, un sacerdote de una aldea vecina está preparando la cena de Pascua, cuando se arrodilla a rezar para bendecirla, una Voz le dice: “Vas a regalarte con ricos manjares, mientras Mi siervo se muere de hambre en una gruta”. El sacerdote se apresura a meter todo en un cesto y, como si un ángel invisible lo guiara, camina, trepa, corre, hasta que finalmente se encuentra con Benito, que lo saluda alborozado, y se ponen a rezar juntos.

El sacerdote le dice que es Día de Pascua, la resurrección de Jesús, y que ese Día no se debe ayunar, por lo cual cenar y pasan la noche en entusiasmados diálogos espirituales. Y como esta vez también eran otros los designios del Señor, ahí concluyó el aislamiento de Benito.

De a poco se van acercando pastores y gente sencilla, puros de corazón, a quienes las palabras de Benito sobre las Bienaventuranzas de Dios sumen en muda admiración y felicidad. Ellos le agradecen llevándole comida, pues comprenden que las enseñanzas diarias sobre humildad, amor entre hermanos, fe y buenas obras, los van convirtiendo en seres cada vez más buenos y compasivos.

Pero no ha de creerse que todo era paz para el fiel y devoto Benito. Lucha denodadamente contra toda clase de tentaciones que lo acosan, desde la ambición por los goces espirituales hasta los más bajos placeres. Llega un momento en que el acoso de dudas y deseos se hace casi insostenible y Benito está a punto de salir corriendo hacia la vida mundana. Pero la Gracia de Dios viene en su ayuda y, mediante una visión, puede contemplar su estado. Revolcándose entre las malezas y espinas, la paz finalmente reina en el espíritu de este santo. A partir de este suceso, no teniendo todavía veinte años, este joven puro es ya un anciano en la clarividencia espiritual. La Verdad se ha abierto camino a él, y lee en el libro de la Vida sólo la Voluntad de Su Padre.

Al poco tiempo se acercan a Benito los monjes del monasterio de Vicovaro, cerca de Tivolo, diciéndole que, al fallecer el padre superior, necesitan un Abad y han pensado que nadie mejor que él, dada su santidad y el amor que le profesa la gente de la región, para ocupar tal menester. Pero Benito rehusa la petición; por un lado ama la soledad en unión con Dios, pero sobre todo teme que estos monjes no puedan soportar una verdadera disciplina. Hay aún mucha ceguera en sus corazones, y más los impulsa la vanidad de tener un santo más afamado que una verdadera humildad de espíritu. Benito les advierte de esto, mas ellos siguen insistiendo, lo mismo que la gente del lugar, hasta que finalmente, Benito accede.

Los presentimientos de Benito estaban bien fundados, porque en realidad, la comunidad de Vicovaro no es un monasterio, sino que los monjes viven apartados en cuevas, donde hacen penitencia y mortificación, pero la soberbia está detrás de sus acciones y confunden lo lícito con lo ilícito. Y sucedió que al combatir Benito tenazmente sus malos comportamientos y errores, el orgullo se transformó en un odio tan violento que los llevó al terrible sentimiento de querer envenenar al Abad. Cuando le ofrecieron una copa con vino envenenado Benito, como era su costumbre, hizo la señal de la cruz para bendecirlo, y al instante la copa estalló en sus manos. El santo comprendió inmediatamente de que se trataba.

Con el corazón lleno de pena por sus hermanos, Benito resuelve que nada puede hacer por ellos y regresa nuevamente a su gruta, a la oración y al silencio en Dios. Todo lo vivido por este hombre santo, no ha hecho más que prepararlo para una misión profunda y amplia, llamada a cambiar toda la vida monástica de Europa.

Mucha gente clama por recibir dirección divina y Benito no se atreve a encaminarlas a lado alguno porque ve que por doquier reina un profundo individualismo. No hay reglas ni sistemas adecuados de disciplina para conducir algo tan delicado como las almas hacia Dios. Entonces comienzan a tomar forma en su ánimo los principios básicos de la Regla que luego se

HASTINAPURA

diario para el alma

haría tan famosa. Funda un pequeño monasterio en un monte vecino en el cual solo viven doce monjes, pero cada vez concurre más y más gente, con lo que al poco tiempo la comunidad cuenta con doce monasterios con doce monjes cada uno. Tanto los monjes como los novicios están sujetos al mando directo de Benito. La jornada comienza muy temprano, ya que el canto sagrado debe comenzar a la salida del Sol, y se distribuye entre el trabajo manual, el estudio y las preces del coro. Cada monje ejerce un oficio según su capacidad: amasar el pan, trabajar la madera, coser las túnicas. Todos deben realizar las tareas de la huerta y recoger las cosechas. Hay también una escuela de canto, porque las preces no sólo rezan diariamente, sino que se cantan.

A algunos se les enseña el arte de la lectura y el de escribir. Todos deben saber recitar los ciento cincuenta Salmos de memoria. Toda la Regla está orientada hacia la perfección espiritual, teniendo asimismo en cuenta las disposiciones individuales, pero dejando en claro que la actividad sólo es en beneficio de Dios y de sus almas. En la vida turbulenta y decadente que aflige a Italia en esos momentos, es de imaginar la influencia benéfica que irradian los monasterios benedictinos, a los cuales acuden de todas partes más y más personas para alcanzar la paz de Dios.

Uno entre ellos, caballero muy piadoso, dona a la congregación un desierto, a mitad de camino entre Roma y Nápoles. En él se eleva un monte y, al verlo, el Abad comprende que es el lugar para su nuevo convento, el monasterio de Monte Casino. No lejos de la cima hay un templo edificado sobre un antiguo reducto de los pelasgos, donde antiguamente se propiciaba a Júpiter; y en la cima misma del monte se levanta un altar a Apolo. En esa inmensa energía que tienen los seres traspasados de Dios, Benito acomete la enorme empresa de edificar el gran monasterio. Se aprovechan las piedras del templo de Júpiter, del que solo se conserva la nave central, transformándolo en una basílica dedicada a San Martín de Tours. Y en el lugar donde se halla el altar de Apolo se levanta una capilla ofrendada a San Juan Bautista. El nuevo monasterio se construye junto a la torre cuadrada del bastión de los pelasgos, que se mantuvo en pie, y en la que vivió Benito el resto de su vida.

“El Padre habla a sus hijos, la ternura del Padre solicita la cordial benevolencia de sus hijos”. Este es el principio básico que alienta la vida benedictina. El Abad representa la autoridad paternal de Dios, en él se confía y a él se obedece; está imbuido de eso que a veces es difícil entender: la plena responsabilidad de conducir las almas hacia Dios. ¡Si tan sólo se comprendiera lo esforzado que esta un corazón con tamaña comprensión! ¡Cuánto amor y cuánto dolor carga en sí mismo! ¡Bendito seas Benito! Y benditos sean todos los que como tú construyen los peldaños amorosos por los cuales ascendemos al Reino de Dios.

En estos días del sexto siglo, esta región de Italia se ve desbastada por la invasión de los godos: roban, saquean, destruyen las cosechas y dejan a los pobladores en total indigencia. Sin embargo, el monasterio del santo Abad nunca es asaltado, por lo que la gente acude en busca de refugio y, sobre todo, de alimento. Y Benito les da pródigamente, sin tener en cuenta si hay o no provisiones en el monasterio. Los demás monjes muestran signos de preocupación y comienza a ganarles el desaliento sin decidirse a acudir al Abad para hacerle partícipe de sus temores.

Un buen día, sólo quedan cinco panes para la comida de la comunidad; el padre Benito ve sus rostros turbados y suavemente les reprocha su falta de fe y de confianza en el Señor y en Su Divina Providencia. Y al otro día, unos desconocidos dejan doscientas medidas de harina frente a la puerta del convento.

Era de esperar que los hermanos hubieran aprendido la lección, pero no fue totalmente así. Un sacerdote de una iglesia de los alrededores fue a pedirles un poco de aceite, había solicitado el preciado líquido en muchos sitios, pero nadie había podido ayudarlo. El encargado de las provisiones se vio en un apuro, porque habían sido tan pródigos que en la despensa solo quedaba una botella de aceite, pero tenía muy en claro lo que el Padre Benito pensaba al respecto, por lo que se apresura a consultarlo. El Padre, obviamente le encomienda que le de inmediatamente la botella de aceite. Esa orden, le parece al monje sumamente imprudente, por lo que decide darle excusas al sacerdote diciéndole que esta muy ocupado y que vuelva en otra

HASTINAPURA

diario para el alma

ocasión. No cuenta este fiel servidor con la agudeza de Benito que puede leer en el alma de todos sus discípulos. Benito lo hace llamar y le pregunta si ha entregado el aceite. El monje turbado trata de justificar su desobediencia, por lo que el Abad se enoja y le ordena arrojar la botella al fondo del barranco. El atribulado encargado de los alimentos, no tarda esta vez, en ejecutar la orden, pero, ¡oh designio Divino!, la botella cae sobre un saliente de roca, quedando intacta. Al saberlo Benito indica que se recobre y se entregue al sacerdote que aun esta en el monasterio.

A las almas aun no despiertas nos cuesta entender las palabras que Dios nos envía mediante Sus Hijos, pero Benito era un alma esclarecida en la Voluntad de su Padre y llevaba impreso el sonido de la Voz de Jesús: “Dad y se os dará: medida buena, apretada, remecida, desbordante será la que os den en vuestro seno”. Cuando en ese atardecer, Benito y sus monjes se pusieron a orar, una de las tinajas del almacén desbordó arrastrando la tapa y desbordando aceite por el suelo.

Había mas que un parentesco de sangre entre Benito y Escolástica, eran sobre todo, hermanos en la perfección espiritual y en amar a Dios sobre todas las cosas, Escolástica fue llamada por su hermano para dirigir el pequeño monasterio de Plumbariola, a tres millas de Monte Casino. Una vez por año iba a visitar a su hermano, y este hacía lo propio, también una vez por año. Nos recuerda San Gregorio, en sus Diálogos que el día 8 de Febrero del año 547, Benito fue a Plumbariola con algunos hermanos, para cumplir su visita anual. Paso el día, atardeció, cenaron y seguían enfrascados relatándose las bienaventuranzas de la vida espiritual, cuando en un momento Escolástica le pidió suavemente que se quedara esa noche para seguir departiendo con ella sobre el Reino de Dios. Benito se sintió sorprendido y, con los ojos húmedos, le respondió que no podía pasar la noche fuera del monasterio. Escolástica unió sus palmas, apoyó su cabeza sobre ellas y elevó una plegaria. Hasta ese momento la noche era calma y sin nubes, pero cuando esta santa levantó su cabeza se desencadenó una violenta tempestad. Benito y sus monjes comprendieron al instante que no podrían regresar bajo esa impresionante tormenta. El Abad dijo entonces con voz apesadumbrada: “¡Dios te perdone, hermana! ¿Qué has hecho?” A lo que Escolástica respondió: “Primero te lo pedía a ti y te negaste a escucharme. Luego se lo pedía a mi amado Señor y Él me escuchó”. Benito, siervo de Dios, comprendió al punto y siguió departiendo feliz con su hermana sobre las riquezas espirituales. Tres días después, Benito estaba en contemplación mirando por la ventada de la torre de su celda, cuando vio el alma de su hermana que, acabada de desencarnar, se perdió, volando en forma de paloma, en la lejanía del horizonte. Inundada su alma de alegría prorrumpió en fuertes canto de alabanza, con el corazón a punto de estallar al contemplar la sabiduría de Dios. Corrió luego a avisarles a sus hermanos que Escolástica había partido, que fueran a buscar su cuerpo y lo sepultaran en la tumba que él se había preparado para sí mismo. Sus cuerpos juntos habían nacido y juntos estarían en su muerte, ya que sus almas estaban unidas en el Infinito.

El Sábado anterior al Domingo de Ramos del año 547, Benito cae enfermo y pide que se abra su tumba, tiene sesenta y siete años. El Jueves Santo, 21 de Marzo, pide a sus hermanos que lo lleven a la iglesia y allí realiza su última cena. En el momento de la oración muere rodeado de sus amados monjes. Fue sepultado junto a la tumba de Escolástica, en la capilla de San Juan Bautista, aquella construida por Benito en el lugar donde anteriormente se levantaba el altar de Apolo.

HASTINAPURA

diario para el alma

Cuento: y discípulo

por Ada D. Albrecht

–Señor, dijo el discípulo a su Maestro, tantas son las Escrituras, Vedas, Upanishads, Puranas, que me hallo confundido en la selva espesa de esos árboles majestuosos. No puedo ver el Sol que con facilidad logran vislumbrar sus altivas copas. Vivo en el huerto de la ignorancia, entre las malezas de mis dudas. Sé mucho y no sé nada. Me agobio. ¿Qué hacer, oh Señor? ¡Dame un poco de tu Luz!

Sonrió piadosa y comprensivamente su Instructor, y así le dijo:

–Hijo mío, la más sabia y santa de las Escrituras Sagradas, te indica tan sólo, dónde está el Camino; su origen se halla en tu propio corazón, su origen...y su fin. Dios lo ha determinado así, para demostrarte con ello que tiempo y espacio existen sólo mientras permanecemos en el reino de la ignorancia. Cuando despertamos, sólo existimos en Su Amor.

No te agobien ni confundan las Escrituras. Son cayado, para el ciego y algo inútil para el que puede ver. Tu amor por ellas tiene la medida exacta de tu ignorancia. Cuando tu visión interior despierta, su luz te aparta de lo que solo hablaba de claridad. Lo que importa es el estado de tu Reino Interior. ¿Cómo se halla, oh discípulo, tu capacidad de perdonar, de comprender, de amar? ¿Has quietado los latidos del corazón de tu mente? ¿Se encuentra ella aún, indómita como los cervatillos del bosque, o ha conquistado ya la serenidad y quietud de los atardeceres? Si ya tienes Reino Interior, el Rey vendrá a habitarlo; si por el contrario, sólo tienes una humilde vacija en medio de una huta, ¿cómo ha de venir el Rey, hijo mío?

Cuando leas las Escrituras, mira lo que se oculta en sus enseñanzas: tu alma inmortal está detrás de ellas, esperando ser rescatada. Te dicen que el tiempo es ilusión: da de beber del agua de ese conocimiento a tu espíritu a quien tu psique le arroja constantemente mendrugos elaborados en el tiempo. Te dice que Dios es Uno: deja entonces de querer atraparlo como a una mariposa en la red de un solo nombre, sea este Brahma, Jeovah o Alah. Te dicen que eres esencia de eternidad: abandona, pues, tu identificación con el cuerpo.

Tu confusión cesará entonces, Hijo Mío, y tú también como los árboles majestuosos que mencionabas, podrás ver la luz del Sol, porque para contemplarla nacieron todos los hombres de la Tierra.

Hermann Hesse y el universalismo espiritual

Por Gustavo Canzobre

La coyuntura del mundo moderno nos pone ante muchos dilemas, cuya respuesta incidirá sobre el futuro de la Humanidad. Esencial entre ellas es la comprensión de la naturaleza de Dios, por parte de las diversas religiones. Seguimos viviendo entre punzantes violencias, alimentadas por odios y dogmatismos religiosos. La “guerra santa” (expresión de las más absurdas y paradójicas que el género humano haya acuñado) sigue campeando a lo largo y ancho del mundo, en el oriente y en occidente, cobrándose millones de víctimas. No sólo por los muertos con las balas de los fusiles y las esquirlas de las bombas, sino también aquellos cuyo discernimiento ha sido aniquilado por los mortíferos proyectiles del dogmatismo.

Todo sectarismo es pernicioso, pero al menos siempre es falible. En cambio, el que surge dentro de las religiones resulta muchas veces infranqueable pues (en base a equívocos e insidiosas interpretaciones de los Textos Sagrados) aparece enunciado en boca del propio Dios.

En lugar de comprendernos, tal cual la Biblia nos muestra que somos imagen y semejanza del Creador, hacemos a Dios a imagen de nuestros propios egoísmos y egocentrismos. Pretendemos predicar valores religiosos, que supuestamente deben buscar **re-ligar**, no sólo al hombre con Dios, sino también a los hombres entre sí. Y así es que la mayor parte de los hombres rechazan a ese Dios, propio y único, posesión exclusiva de una tradición, dispuesto al Bien para con sus amados, pero al Castigo para quienes no le rinden culto en las filas de su “organización”. Evidentemente, esos hombres lo rechazan porque quizás la ignorada presencia de Dios en sus conciencias les dice que “eso” no puede ser Dios.

En este panorama, queremos rescatar hoy la voz de uno de los más grandes humanistas de nuestro siglo. En realidad mucho más que un humanista: Hermann Hesse. Pocas voces tan preclaras se han alzado en Occidente, tratándonos de hacer recordar cuál es el sentido de la vida: “Creo que, a pesar de su aparente absurdo, la vida tiene un sentido”.

Y no sólo mostró en sus obras y su vida ese vital impulso del hombre hacia la trascendencia, hacia Dios, sino que se preocupó constantemente por mostrar la invalidez de los sectarismos.

Influyeron mucho en su maduración, las experiencias familiares de su niñez. Aunque nació y creció en una pequeña localidad de la Selva Negra Alemana, desde pequeño estuvo rodeado y estimulado por el conocimiento de diversas tradiciones religiosas.

Sus abuelos eran protestantes, de fuerte observancia, y de ella se impregnó desde pequeño. El reconocer cuán valioso e instructivo le había resultado ver una familia cuya vida estaba determinada por el Reino de Dios y se entregaba a su servicio, ello no fue suficiente para que reaccionara a lo que, en sus propias palabras, calificaba como “formas en parte sectarias en que nos hicieron conocer el cristianismo, que me resultaron muy pronto sospechosas y hasta insoportables”. Su profunda conciencia, en plena maduración, le impedía comprender la existencia de un Dios que salvaría, no ya a todos los cristianos, sino sólo a miembros de determinada iglesia.

Su padre, por otra parte, era pastor protestante y estuvo misionando en la India, y esto le dio a Hesse la posibilidad de ponerse en contacto con la milenaria espiritualidad hindú. Así pues, sus primeros atisbos de maduración religiosa transcurrieron entre el Evangelio y el Bhagavad Gita, cuyas lecturas sedujeron profundamente su sensible alma, por una amplitud religiosa que, años más tarde, volcaría en numerosas cartas y escritos, ya productos de su madurez, recogidos en su mayor parte en la antología póstuma titulada “Mi Credo”.

Todo este proceso lo llevaría a escribir: “No creo en absoluto que exista una religión o doctrina mejor que las demás, o que sea la única verdadera. Existe un solo Dios, una sola Verdad, que cada pueblo, cada época, cada individuo interpreta a su manera y para la que

HASTINAPURA

diario para el alma

surgen formas nuevas”.

La misericordia de Dios no se reduce a nuestros impulsos de gustos y preferencias. Conjugada con su sabiduría, Dios busca acercarse siempre a los hombres, en sus propios lenguajes y de acuerdo a sus circunstancias existenciales, para así hacerle llegar la palabra redentora que le permita reencontrarse a Sí mismo y descubrir que no está solo y perdido en el universo.

“Sólo puede liberarnos la visión de la unidad de Dios, existente tras el tupido velo de los sucesos de la vida”. Dios no es, pues, una mera abstracción, una pura necesidad concebida por el intelecto. Es realidad viviente y eficaz en los acontecimientos de la vida, tal cual muestran los diversos personajes de sus obras, ellos recurren y se acercan a Él por convicción. El propio Hesse dice de sí mismo: “No me entrego a la religión porque espere algo mejor para el mundo o para mí; lo hago sencillamente porque no puedo vivir sin respeto y sin entrega hacia Dios”. Y su comprensión del universalismo religioso, no se basa en un caos religioso, o en una extraña mezcla inconsistente, sino en comprender que, “aunque Dios me llame a buscarle por un camino religioso en particular, ello no me impide respetar, comprender y amar los diversos caminos por los que llama al resto de mis hermanos, y aún, aprender de ellos”. “Es posible amar a Jesús y conceder todo su valor a los otros caminos de bienaventuranza que Dios ha mostrado a los hombres.”

Luchador incansable, predicó, sin desear ser predicador, en pos de la unidad del género humano; de lo que él mismo llamaba “la fraternidad invisible de todos los pueblos y religiones”. Fue así, por sobre todo, un profeta de la unidad en todos los campos. La unidad es su mensaje último, unidad que no es anulación de lo individual sino profundidad y comprensión; unidad que, no empobrece, sino enriquece; que no aniquila, sino, expande; que crece y se manifiesta en las formas más diversas; al decir de los hindúes, en los mil pétalos de la flor de loto, símbolo de las ilimitadas manifestaciones de Dios.

“Nada en el mundo me inspira una fe tan profunda como la unidad; el mundo entero y todo en él, es una unidad divina. Se alcanza la unidad siempre que nos entregamos con amor a todos los dioses, todos los hombres, todos los mundos.”

HASTINAPURA

diario para el alma

Del Sagrado Bhagavad Gita

por Claudio Dossetti

“Y el que exclusivamente a Dios se consagra por el Yoga de la Devoción, pasando más allá de las cualidades, digno es de llegar al Eterno”. Bhagavad Gita, Capítulo XIV, Sloka 26.

Esta sublime Sloka del Bhagavad Gita encierra la quintaesencia del auténtico Sendero Espiritual. Ningún conocimiento metafísico, por más elevado que sea, podrá darnos jamás la verdadera Autorrealización, a menos que haya surgido como fruto de un profundo Amor a Dios. Los Seres Celestiales se comunican con los hombres a través de la excelsa vía del corazón. Todo conocimiento mental tiene, indefectiblemente, su raíz en la materia, por ende, no es capaz de alzarse libremente en busca de la Divinidad, su naturaleza es el cambio y la perecibilidad, opuestos a lo Inmutable y Eterno, que es Dios. Sin embargo, recordemos en todo momento que ese Amor a Dios, debe ser **total**, los términos medios no existen en el Camino del Espíritu. No podemos velar por nuestros bienes en la tierra, al mismo tiempo que anhelamos cultivar devoción a lo Celeste.

Recordemos las palabras de Jesús en los evangelios cristianos: “Ninguno puede servir a dos señores; porque, o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas”. Nuestro corazón debe estar enteramente entregado a Aquel por Amor. No debemos permitir que la fluctuante mente turbe nuestro Discernimiento, haciéndonos creer que los bienes materiales tienen real valor. **Nada es importante en el mundo, excepto lo que sea ofrendado a los pies del Señor.**

Los Dioses responden al Amor de sus devotos, no a meras elucubraciones mentales.

Doblemente importante es esta enseñanza en un momento como el actual, en el que una lamentable sobrevaloración de la capacidad de la ciencia racional hace creer a los hombres que todo puede ser explicado en virtud del tan alabado “avance científico”. No hay “avance” alguno en el universo que conocemos, podemos acumular objetos sin valor, materiales, o bien, intelectuales, pero de allí al Verdadero Conocimiento existe un largo trecho. Una vida que no está consagrada a la Divinidad es una vida perdida, ya que nada llevamos de este mundo, excepto nuestra dación de Amor.

Rezan los antiguos tratados de Sabiduría de la India, que el universo manifiesto se halla compuesto por tres “cualidades” o **gunas**, las cuales se denominan **sattva** (Armonía), **rajas** (Emoción) y **tamas** (Inercia). Todo ser, animado o inanimado, posee, en mayor o menor medida, estas tres cualidades. Siempre que realizamos alguna acción, lo hacemos por medio de estas tres **gunas**. Sin embargo, el alma que anhela alcanzar la Perfección debe luchar por sobreponerse a estas tres cualidades que impiden la Visión Divina. En efecto, por más purificado que se halle nuestro corazón, si permanece subyugado por las leyes de la materia, no podrá percibir la Luz que resplandece más allá de las tinieblas de la temporalidad.

Todo cuanto podamos percibir, recordar o imaginar, se halla dentro del espacio y el tiempo; en cambio, Dios es Eternidad. Las cualidades de la materia despliegan ante nuestros ojos un abanico de formas y posibilidades que, aunque siendo ilusorias, atrapan al hombre desprevenido, haciéndole creer que cuanto percibe a través de sus sentidos posee una existencia real, dispersando de este modo la energía necesaria para alcanzar la Verdadera Sabiduría. Tal es la razón por la cual, en muchas ocasiones anhelamos conocer una determinada doctrina metafísica, mas, transcurrido un tiempo nos cansamos de ella y buscamos satisfacer nuestra curiosidad en otra diferente, más tarde incursionamos en los secretos de la alquimia, cambiándola en otra ocasión por el estudio de la astrología, etc., etcétera.

Actuando de tal forma estamos malgastando nuestro tiempo y esfuerzo ya que no estamos purificando nuestro corazón, no incrementamos nuestra devoción, no alimentamos nuestro espíritu, no transitamos por la Senda que conduce a Dios y no estamos siguiendo las prescripciones de todos los Textos Sagrados de la humanidad. Para transponer este velo tendido

HASTINAPURA

diario para el alma

por las **gunas** es que en esta Sloka del Bhagavad Gita se prescribe la Senda del Amor. La auténtica Devoción tiende un misterioso puente entre el alma del amador y el Corazón de Dios, nada en el mundo puede impedir dicha unión basamentada en lo Eterno.

El devoto consagrado exclusivamente a Dios se eleva por sobre todo impedimento mundanal, siendo su interior ocupado por la Eternidad y así, aún viviendo entre los hombres, es un habitante del Plano Celestial.

Esforcémonos para que podamos experimentar en nosotros mismos estas Sagradas enseñanzas, dirigidas al Hombre Eterno que en todos mora.

Que Dios, Nuestro Señor, esté siempre presente en nuestras vidas.

HASTINAPURA

diario para el alma

La Gran Verdad (Sobre la Biblia Hebrea)

por Ada D. Albrecht

Para la religión judía, la Biblia o **TE-NA-J** o “Ley Escrita”, consta de tres partes: **tora** (Ley), **neviim** (Profetas) y **ketuvim** (Hagiógrafos, del griego “*hagios*”, santo y del sánscrito “*yaj*”, adorar, hacer sacrificios). Paralela a esta “Ley Escrita” ha existido siempre la llamada “Ley Oral” o **Talmud**, compuesto por la **Mishná** y la **Guemará**. Esta “Ley Oral” se halla encadenada al mismo Moisés, quien, según su pueblo, dio a sus sacerdotes explicaciones sobre el “**jumash**” (en griego, Pentateuco) o **Torah**, para una mejor comprensión del mismo, y una mejor transmisión de sus verdades a las futuras generaciones. ¿Cómo explicarían, aquellos sagrados doctores de las escuelas de Palestina esa gloriosa enseñanza de enseñanzas que dice: “Amarás a Dios sobre todas las cosas”? ¿Cuáles serían las palabras, el método, la forma empleada para develar el hondo significado de este misterio de misterios, tan fácil de comprender para los puros de corazón, tan difícil de alcanzar, como está visto, para la humanidad toda?

Este “Amarás a Dios sobre todas las cosas” es eje sobre el cual ha girado desde el origen de los tiempos, el afán espiritual de la Humanidad. El ansia de la Re-Unión con Aquello, Jeovah, Dios o Brahman, el deseo de abandonar lo transitorio de la corporeidad psicósomática – la psique es una medida del soma, aunque más sutil- ha estado siempre en el fondo de toda conciencia medianamente despierta. Retrocedemos, pues, en ese sagrado vehículo de raíces ónticas que es la imaginación (alguien ha dicho que “la imaginación es superior a la inteligencia”) retrocedemos, como decíamos, en el tiempo, hasta llegar a vislumbrar, siquiera la sombra soberana de aquel gigante llamada Moisés; Moisés, que mereció de Dios Nuestro Señor Su confianza, Moisés, a quien habló, sabe el Cielo por que prodigios, la Boca del Enigma de Enigmas, enseñándole diez leyes tan sabias y profundas que, pese a los miles de años transcurridos, todavía resuenan en el corazón de nuestra cultura.

¿Cuál es, sino ella, la ley más elevada de todas cuantas nimbran a través de los siglos, la arcaica asamblea de levitas?

Primer mandamiento de Jeovah a su pueblo, encabeza el **devarim**, o Deuteronomio, llamado también, “recapitulador de la Torah”, ya que él es como una síntesis de las otras enseñanzas vertidas en los libros anteriores.

Seguramente ha sido esta la ley más estudiada por los sabios del Talmud.

Los “Hombres de la Gran Asamblea”, cuya última figura fuera Simón el Justo, interpretaron esta Ley de leyes, como fin supremo del destino humano: la reunión con su Creador, a través del Amor desposeído de todo por el **todo**. Maestros como Hilel, Rabi Aquiba, Rabi Meir, etc., supieron postrarse reverentemente ante este mandato del Cielo y supieron también enseñar a las generaciones nacidas más allá de su tiempo, valiéndose de las dos vías del Talmud: la **Mishná** y la **Guemará**.

Se podrá argüir que muchas de ambas partes carecen de contenido metafísico, pero lo que no se podrá es negar que son leyes que preparan al ser humano para su verticalización y encuentro con lo infinito.

Tomemos la **Mishná**, consta de seis partes, que son:

- 1) **Zeraim** (“*semillas*”): deberes religiosos de cierto tipo.
- 2) **Moed**: fiestas.
- 3) **Nashim**: leyes sobre la vida familiar.
- 4) **Neziquin**: derecho civil y penal.
- 5) **Kodoshin** (“*sobre lo sacro*”): leyes sobre el Templo y otras prescripciones.

HASTINAPURA

diario para el alma

6) **Taharoth**: sobre la pureza e impureza ritual.

Recordemos que el Talmud, no es sólo colección de leyes judías, sino interpretación profunda de las enseñanzas de la Torah, y por sobre todas las cosas, del mandamiento que mencionamos. Cobra mayor relevancia para nosotros, si recordamos que este sublime Mandato, es piedra fundamental de todas las religiones del mundo. Es el estrecho desfiladero por el cual se pasa del Tiempo a la Eternidad, la sagrada barca que *nos cruza de la orilla de la muerte a la vida eterna*.

Hemos de quedarnos una y otra vez, quedarnos concientemente a los pies de esta enseñanza haciendo todo lo posible por asimilarla cuanto podamos. Y es que el mundo y la criatura humana necesitan acogerse a la paz, y ésta no despertará en nosotros, mientras no podamos hacer lo que, precisamente, nos enseñan los viejos Maestros judíos: por Amor, dejar todo por el **todo**.

HASTINAPURA

diario para el alma

La sombra del ala

Tú que piensas que no creo,
cuando argüimos los dos
no imaginas mi deseo,
mi sed, mi hambre de Dios
ni has escuchado mi grito
desesperante que puebla
la entraña de la tiniebla
invocando al infinito
ni ves a mi pensamiento
que, empeñado en producir
ideal, suele sufrir
torturas de alumbramiento
si mi espíritu infecundo
tu fertilidad tuviese
forjado ya un cielo hubiese
para completar su mundo.
Pero di, ¿qué esfuerzo cabe
en un alma sin bandera
que lleva por donde quiera
su torturador “quien sabe”?
¿Que vive ayuna de Fe
y con tenaz heroísmo
va pidiendo a cada abismo
y a cada noche un “por qué”?
De todas suertes me escucha
mi sed de investigación
mi ansia de Dios, honda y muda
y hay más amor en mi duda
que en tu tibia afirmación.
Amado Nervo

HASTINAPURA

diario para el alma

Parábolas del Reino de los Cielos: el grano de mostaza

por Carlos Polyga

“El Reino de los Cielos se parece a una semilla de mostaza que un hombre sembró en su campo. En realidad, ésta es la más pequeña de las semillas, pero cuando crece es la más grande de las legumbres y se convierte en un arbusto, de tal manera que los pájaros del cielo van a cobijarse en sus ramas.”

Esta parábola la encontramos expresada en los tres evangelios sinópticos.

El Cristo recurre nuevamente al símbolo de la semilla. Es, como muchos otros, un símbolo universal pues lo encontramos en los textos sagrados de todas las culturas.

Toda semilla o simiente es el depósito potencial, latente, de lo que se desarrollará en un espacio-tiempo determinado: un arbusto, un árbol, un ser humano o un universo.

En toda semilla, como la de la mostaza, se encuentran encerradas las fuerzas generadoras de lo que va a ser; fuerzas y potencialidades totalmente imperceptibles que sólo pueden inferirse en la medida que se pasa de lo potencial a lo actual. Y el Reino de los Cielos es como esas semillas.

La diferencia que existe entre la semilla de mostaza y la planta de mostaza –la potencialidad desarrollada, actualizada– es solo tiempo, devenir... y circunstancias favorables.

En realidad, esencialmente no existe diferencia entre la simiente y la planta desarrollada. La diferencia que notamos es apariencial, “maya”, como dicen los sabios de la India. Pero nosotros, los comunes mortales, somos seres en el tiempo, en el devenir; por ello esa diferencia es real.

El Cristo elige para su parábola no cualquier semilla, sino una de mostaza. Lo hizo porque esta semilla es una de las más pequeñas y, a partir de ella surgirá uno de los más grandes arbustos.

Es interesante observar el aspecto simbólico de lo pequeño de la semilla y lo grande del arbusto. **dos** contrarios, **dos** objetos dimensionalmente antagónicos... el cero y el infinito... la nada y la eternidad. Mas, ¿son contrarios realmente?

Los símbolos sagrados tienen su propio lenguaje y también sus propias leyes; una de ellas es la ley de analogía. En nuestro caso, la semilla y el punto son análogos, como asimismo la semilla y el centro, y también la semilla y el germen.

La semilla como punto nos muestra una interesante enseñanza (sobre todo, como en nuestro caso, si la semilla es muy pequeña).

¿Qué es un punto? Desde el ángulo de la razón y sus esquemas la respuesta es: **nada**. Un punto no tiene dimensiones y, como bien sabemos, lo que no tiene dimensiones no puede ser entendido por la mente racional; por lo tanto no puede definirse, es decir, encerrarlo en esquemas lógico-racionales. Sin embargo, “está ahí”, es.

A partir del punto se forma la línea; a partir de la línea, el plano; a partir del plano, el volumen; y a partir del volumen, todo el universo (“Dios geometriza”, dijo alguien).

En otras palabras, en el universo hay multitud de formas, pero todas ellas pueden reducirse a puntos... o quizás a un solo Punto que por alguna razón comenzó a vibrar y sobre la pantalla del Vacío dibujó la ilusión de este universo. Claro está que para que esto suceda tiene que existir el Tiempo. (“El tiempo es la imagen móvil de la eternidad”.)

Un secreto:

la noción del tiempo la produce la movilidad de la mente;

detén tu mente y el tiempo cesa;

HASTINAPURA

diario para el alma

si cesa el tiempo sentirás el Punto...

si cesa el tiempo sentirás a Dios.

La semilla como centro también configura un rastro que ha dejado la Divinidad para poder llegar a conocerLa. Todas las cosas tienen su centro. Por eso la idea de centro –en este sentido– es similar a la idea de germen de semilla. El centro –el germen– es lo que siempre permanece, es lo esencial. Una circunferencia no podría existir sin su centro, pero éste permanece aún en ausencia de aquella. Un árbol inmenso depende de su semilla, la cual es a su vez, centro y origen. El árbol puede ser abatido, pero mientras exista la semilla, nuevos árboles surgirán. La semilla (el origen) se halla en el seno de la tierra, no se ve... pero las flores que nos deleitan con su fragancia dependen de ella; el tiempo marchitará las flores, pero dejará incólume la simiente. Los nombres y las formas cambian, pero su substracto esencial permanece inmutable... “Todo pasa... solo Dios queda.”

Semilla y punto.

Semilla y centro.

Semilla y germen.

También: semilla y corazón.

El corazón es el asiento de la vida. Si él se detiene, la vida cesa. Según las tradiciones cristianas más antiguas, es en el corazón profundo del hombre donde se encuentra el centro del ser del hombre; y es en este corazón profundo donde se produce el encuentro entre el hombre y Dios. Es en este corazón profundo donde el Reino de los Cielos se halla presente, aunque en forma potencial, como en la semilla de mostaza sin germinar se encuentra dormido el futuro arbusto.

Desarrollar ese germen Divino que desde siempre ha estado en nosotros: en esto consiste la misión del hombre en la tierra.

Por todo esto es que “el Reino de los Cielos se parece a un grano de mostaza”.

HASTINAPURA

diario para el alma

Escuela para la mente: Psicología Hindú

(PARTE II)

por Mabel Lavitman

Habíamos iniciado en el número anterior, el análisis y comentario de los primeros “Aforismos” del Rishi Patanjali. Es bueno recordar, una vez mas, que lo que nosotros denominamos “Psicología Hindú” no surgió de un conocimiento o una teoría fenoménica del ser humano, sino que fue elaborada como consecuencia del más alto anhelo de realización que puede tener el hombre: su unión con Dios. Jamás se vertió como una enseñanza catedrática. Fue transmitida de maestros a discípulos que estaban dispuestos a darse por entero, con humildad y devoción, a la conquista del más alto Bien. El trabajo fue siempre interno, de autocontrol, de superación del egoísmo, de recuerdo constante de Nuestro Señor. Y esa profunda purificación interior se reflejó siempre en actos de amor, en obras de bien para todos, en un inalterable equilibrio frente a los pares de opuestos que actúan en este mundo permanentemente.

Volviendo a los “*Yoga Sutras*”, vimos que, mientras nuestra mente esté llena de “*Vrittis*” (impresiones–pensamientos) nacidos de nuestra falsa identificación con el cuerpo y los sentidos, poco avanzaremos en la conquista de nuestro verdadero Ser. Estos *Vrittis* son científicamente analizados por el Maestro Patanjali, el cual le da el calificativo de “perturbadores”, ya que mantienen nuestra mente en constante agitación: ilusiones, imágenes, concepciones falsas, recuerdos varios, etc., son los principales. La forma de erradicarlos se da en el Sutra 12:

“La supresión se consigue mediante el ejercicio (*Abhyasa*) y el desapego (*Vairagya*)”.

Esto nos recuerda la enseñanza de Sri Krishna en el Bhagavad Gita, cuando dice: “Sin duda, oh Armipotente, que inquieta y rebelde al yugo es la mente, pero a subyugarla bastan el esfuerzo sostenido (*abhyasa*) y la carencia de pasiones (*vairagya*)”.

Evidentemente no es fácil domeñar la mente. Ella gusta de escaparse hacia el mundo de la intrascendencia, donde es “reina y señora”. Sólo la práctica constante de “fijar el pensamiento en Dios” y tratar de enamorarnos cada día un poco más de su Ser, nos llevará a la tan ansiada Meta. Por eso dice Patanjali en el Sutra 14:

“La mente se torna estable cuando el *abhyasa* se cultiva durante largo tiempo, sin interrupción y con amor (devoción)”.

Un simple control mental sin amor a Dios (un amor verdadero que no lo excluya en ninguna de sus criaturas) no sólo es estéril para despertar nuestra conciencia espiritual, sino que generalmente energiza nuestro yo inferior, siempre pronto a satisfacer sus deseos e intereses de turno. Y este “yo”, lo llevamos a costas a lo largo de toda nuestra vida. “Él” tiene mil disfraces y trucos para engañarnos. Por ello dice Patanjali que la práctica debe hacerse siempre, para ir poco a poco fortaleciéndonos en Dios y debilitando nuestras tendencias inferiores. A veces saldremos victoriosos, otras veces no. Ello no debe afectarnos en demasía, ya que, es parte de la sabiduría de la vida, que en definitiva, todo está en manos de Dios. Lo que depende de nosotros es la disciplina, no el resultado de la misma. Dice un comentarista: “Llega quien siempre vuelve a empezar”.

Recordemos, por otra parte, que el desapego, a su vez, es fruto de *viveka*: discriminación, discernimiento. Sólo cuando comprendemos el escaso valor que tienen ciertas cosas en este mundo es que dejamos de perseguirlas, y reconociendo a Dios como el único y auténtico tesoro a conquistar, nos entregamos a Su revelación en lo íntimo de nuestro ser, apartando constantemente todo lo que nos aleja de Él.

Más adelante, en el Sutra 30, el Rishi enumera los obstáculos para la concentración:

“Enfermedad, apatía, indecisión, negligencia, indolencia, apego a los objetos de los sentidos, ilusión, incapacidad para la concentración, inestabilidad, son los obstáculos que

HASTINAPURA

diario para el alma

determinan la dispersión de la mente”.

Y dice en el Sutra 32:

“Para eliminar los obstáculos se necesita el ejercicio sobre una sola entidad”.

Aquí alude a la milenaria ciencia de la meditación: fijar la mente, con todo el amor del que seamos capaces, a los pies de Dios, Nuestro Señor. No importa como lo concibamos, ni qué religión profesemos. Puede ser una Forma Divina, un símbolo sagrado o un Maestro de Sabiduría (santos en el cristianismo). Lo importante es permanecer en ese único pensamiento divino con devoción.

Aclara también en el Sutra 33:

“Se alcanza la serenidad de la mente practicando la benevolencia hacia quien es feliz, la compasión por los que sufren, la alegría con el virtuoso y la indiferencia frente a los viciosos”.

Esto nos recuerda otra enseñanza de Sri Krishna en el Bhagavad Gita: “Quien no malquiere a ser alguno, el amable y compasivo, libre de afecciones y egoísmo, ecuánime en la dicha y en la pena... ese es muy amado por Mí”. Cuando seamos capaces de amar y querer el bien para todos nuestros hermanos del mundo habremos de avanzar en el Yoga hacia el glorioso reino de la iluminación (*samadhi*), que es ver a Dios en todo y en todos.

En el próximo número analizaremos el Capítulo II sobre la práctica, denominado **sadhana** en sánscrito; donde Patanjali expone y analiza los ocho pasos clásicos conocidos como **raja yoga** o **ashtanga yoga**.

Hasta la próxima, entonces.

HASTINAPURA

diario para el alma

Lenguas sagradas: divino sánscrito

por Ada D. Albrecht

Una de las Lenguas Sagradas de la Humanidad, tan perfecta y rica en su contenido que difícilmente podemos nosotros, hijos de idiomas pobres, comprender su alcance metafísico.

Si los idiomas poseen un cielo donde van, como las personas, seguramente que este y su hermano el hebreo antiguo, por ejemplo, observarán asombrados, sin poder comprender, cómo el hombre puso en lugar de ellos, para comunicarse entre sí, lenguas como las modernas.

Italiano, español, inglés, etc., acuñan constantemente neologismos para poder explicar lo inexplicable o sea, lo que no se contiene en sus parámetros. Son idiomas mercantiles, sin resonancias espirituales ni demasiadas alturas... Ay, y alguien dijo que: “¡El pensamiento llega hasta donde llega el idioma!” Nuestras lenguas, que solo poseen terminologías por doquier para la técnica, y tan escasas en los quehaceres del alma, ¿a dónde nos llevarán?, ¿y qué nos quitarán?

Volviendo al Sánscrito: ¿Cómo se nombra a una persona que tiene una comprensión errada sobre su “Sí mismo” metafísico? Se lo llama ‘**durmati**’. Este hombre considera que su Espíritu o **Atma** que es **kevala**, independiente, separado de su cuerpo y de su psique, es **kartaram**, o sea, “el que hace”, “el hacedor”, “el actor”. El “ve”, **pashiati**, pero “ve mal”, y así dice “yo soy el actor”, “yo hago”... ¡Tantos son los que se atribuyen acciones heroicas y de las otras! El ego siempre se arroga “obras de arte” cuando en verdad, el único “arte” que debiera saber, es el de tornarse invisible ante la majestad del Espíritu, pero... esta es otra cuestión. Volviendo al “**durmati**”, ¿por qué es así? **Porque su mente no se halla instruida**, o sea, regenerada; en el verdadero “**viveka**” o Discriminación, por un auténtico Maestro, y así, “ve” errado. ¿No puede conseguir un Maestro? Y... cada quien logra en esta vida lo que se merece, nos dice la Biblia con aquello de “lo que siembres, eso cosecharás”...

El Sánscrito nos habla de buenos y malos **samskaras**, que es lo mismo que decir “buenas y malas siembras” y así, el que es buen discípulo, pues, consigue un buen maestro, que es quien “enseña a ver bien” o **sumati**. El que “ve” rectamente, ya que posee un buen entendimiento. Nunca dice: “Yo soy el actor” pues, como **purusha**, esto es, Espíritu, se halla más allá de toda acción.

Para la filosofía hindú toda acción es hija de las tres **gunas** o cualidades de naturaleza, esto es, la que posee “energía de hacer”, la patológicamente inerte y la que necesariamente debe poner una cierta armonía entre estos dos extremos. Digamos que esas tres “cualidades” son las que hacen girar la rueda del universo.

Unos pocos hombres “despiertos” en el sentido espiritual, logran percibir que el “Sí mismo” humano, o Espíritu, se halla sobre estas tres condiciones. Este hombre pues, se ha convertido en un Divino Observador de lo cambiante de todas las cosas. No se compromete con ello, porque no tiene deseos que lo lleven a la acción. Él ha descubierto que para decir “yo soy” debemos ascender a nuestra altura como espíritus, pues, si decimos “yo soy” desde nuestro valle psicofísico, sin ver la cumbre de nosotros mismos, estaremos equivocados y lo que es mucho peor, residiremos todavía en el fatídico bosque, donde es amo y señor, ese Robin Hood siniestro del dolor, la ignorancia y la muerte.

HASTINAPURA

diario para el alma

Fragmentos

Hipocresía

Proviene del griego “hipokrinestai”: Disfrazarse. El hipócrita, es “el que anda disfrazado”. El viejo dicho que reza: “Haz que tu palabra sea fiel reflejo de lo que siente tu corazón y piensa tu mente”, es consejo para todos aquellos que anhelan comenzar un Camino espiritual, pues, quien busca la Verdad, ¿puede vivir fingiendo? Si lo hace, sólo hallará a su paso lo que siembra: la mentira.

Gamal

Altar

Trozo de madera o piedra, sobre la cual se ofrecían sacrificios a los Dioses. Es palabra que ha sufrido infinitos cambios y alteraciones. Muchas de ellas, sugieren “crecimiento (espiritual) a través de cambios”.

Se relaciona “altar” con el latín “altus”, no de altura, sino de “crecimiento interior”. También se la une con el latín “alterare”, cambiar, ser otro, perder el pequeño yo, y renacer al espíritu.

Ancianos Videntes

Los ancianos videntes del cristianismo primitivo enseñaban que la morada de Satán eran los pensamientos. ¡Sí, los pensamientos! No debemos decir...”pero”, “qué locura”. Mejor haríamos en estudiar a qué hacían ellos referencia. La mente, cuando no se halla disciplinada, genera ideas que llevan al hombre a siniestras aventuras en el mundo material. Una mente desorganizada es una bomba atómica o peor aún, un arsenal de ellas. Su destino es destrucción total.

–Estoy aburrido– piensa el insensato... ¿Qué haré para alegrarme un poco?... Tomaré whisky, me drogaré...etc., etcétera. Son las mentes sin disciplina que forman las gavillas de ladrones, en las bajas y altas esferas. Nada hay peor que la anarquía mental.

“...Sufren, por el vagabundear de sus pensamientos...”, “...hallan toda clase de calamidades, por sus ideas erráticas...”

La Filokalia

Nube de ilusión

Recuerda Discípulo, que el intelecto, desprendido de la nube de ilusión, brilla con el esplendor de un claro cielo de otoño, y alcanza la Paz en la Verdad.

El Mundo está en el mente.

¿Por qué el voto de obediencia?

La obediencia es instrumento indispensable en la lucha contra la propia voluntad, es la condenación a muerte de los miembros de nuestro cuerpo, en beneficio de la vida del Espíritu, es la tumba de la voluntad propia y la resurrección de la humildad.

Titus Colliander

Baltasar, Melchor y Gaspar: Los tres Reyes Magos

Según ciertas tradiciones cristianas, Baltasar representaba el cuerpo físico, lo más

HASTINAPURA

diario para el alma

denso, por eso el color oscuro y su ofrenda era la mirra, que se utilizaba para embalsamar, o sea, purificar los cadáveres. Gaspar, a su vez, simbolizaba la mente y su ofrenda al recién nacido era el incienso, que opera sobre los sentimientos y pensamientos, sublimándolos. Por último, Melchor, de piel blanca, cuya ofrenda era el oro y que significa la Inteligencia–Corazón Purificados.

Estas son las tres ofrendas o “tesoros” que todo discípulo debe entregar a ese Dios que mora en nuestro Reino Interior, cuando despierta al camino.

Algo extraño

Extraño es que un individuo, sabiendo muy bien que su cuerpo le pertenece como un mueble, siga conforme con la idea de que él es el cuerpo.

Viveka Shuddamani

Eden

(Jardín del Edén)

Es palabra hebrea que significa “puro”, “delicioso” y que simboliza el estado inocente del hombre en su estado angélico, antes de contaminarse, en el proceso del tiempo, con el mundo material.

El verdadero fin

“El fin de la vida espiritual consiste en la adquisición del Espíritu Santo.”

San Serafín de Sarov

El perro, el maestro y el discípulo

Por las calles de Karúa, veíase caminar a diario, a un Maestro, un discípulo y un perro.

Una mañana, se escucharon sentidos lamentos provenientes del discípulo:

–Oh Maestro, decía sollozando, cuando enseñas, te diriges al perro, le hablas a él, y compartes con él, luego, lo que llevas en tu escudilla. ¿Por qué me humillas así?

–Este perro, contestó el Maestro, me fue fiel durante doce años. Me defendió de ladrones y asaltantes cuando era joven y fuertes sus colmillos. Ahora, ya viejo, todavía se arrastra a mi lado, y lo único que pide, es un poco de afecto. Tú, en cambio, hijo mío, me has abandonado decenas de veces en los cinco años que has permanecido junto a mí. Tu corazón cambió la sabiduría de mis pláticas por lupanares y casas de juegos. Como la gente me llama sabio, he decidido hacer lo que ellos, los sabios, hacen: desconocer las formas, en la casa de la ilusión, y ver la Realidad más allá de ellas. En verdad, veo mayor reflejo de la conciencia infinita en esta noble bestia, que en ti, que sólo presumes de ser un hombre...

Quien así hablaba era el sabio Karnia, y su discípulo, Kalidasa, quien, con el andar del tiempo, llegaría a ser uno de los mas grandes poetas de la antigüedad clásica, merced a las continuadas amonestaciones de su preceptor, que fue moldeando en su espíritu aventurero y anárquico, con la infinita paciencia de los santos, la verdadera joya que sería luego orgullo del género humano.

Sabios Rabinos

“No el estudio, sino el hacer, es la cosa principal”, dicen los rabinos judíos a sus acólitos... y agregan que: “Cuando el hombre dice que Dios es santo, lo que esto quiere significar es que anhela también para él una vida pura y santa, y cuando dice que Dios es justo,

HASTINAPURA

diario para el alma

hace de la justicia la base de su vida. Si dice que Dios es misericordioso, ese mismo hombre hace de la compasión una norma de conducta...” No alcanzamos a realizar nuestra meta espiritual por lo que decimos sobre ella, sino por lo que obramos, ya que la acción es el complemento de la fe. Tenerlo siempre en cuenta, despertar la conciencia del verbo al acto donde ese Verbo se manifiesta en plenitud.

Rosh Hashana

Es la fiesta del origen del Hombre y fiesta de meditación. ¿Qué hace el hombre en este mundo? Seguramente que por profunda contemplación de su propia esencia, los viejos rabinos se inclinaban respetuosamente ante las sentencias del Deuteronomio que les ordenaba “*Amar a Dios sobre todas las cosas*”...

Macario el egipcio

Un hermano fue a buscar a Macario el Egipcio, y pidió:

–Padre, te ruego me otorgues la palabra salvadora.

El sabio le dijo al que así rogaba:

–Te ruego, Hijo mío, vayas al cementerio, donde reposan los muertos, y una vez allí, te dediques a injuriarlos.

No bien hubo escuchado estas palabras, el hermano corrió hasta el cementerio y comenzó a insultar a los que allí yacían en su último sueño.

De regreso ante el noble anciano, le contó lo que había hecho.

–Vuelve una vez más, Hijo mío, y alaba a todos los que ahí yacen.

El hermano desanduvo el camino, visitando el cementerio nuevamente, y abriendo la boca, se esmeraba en proferir cánticos de alabanzas a todos los que allí reposaban.

–¿Qué te dijeron las dos veces que fuiste?, preguntó el sabio.

–Pues... dijo el hermano, atónito ante semejante pregunta. Pues... no me dijeron nada.

–Ya ves, le dijo el sabio, que no reaccionaron ante los halagos ni ante los insultos. Tú también, si quieres salvarte, has de aprender a poseer la indiferencia de los muertos ante críticas y halagos. No tengas en cuenta los desprecios de los hombres, ni tampoco sus alabanzas, si lo que quieres es llegar a Dios.

El Cristo chino: Mo Ti

Nacido en el año 382 a.C., en la vieja provincia de Shiang–Tung, muchos son los que comparan a este filósofo chino con el Nazareno del Gólgota. En efecto, sus enseñanzas eran dos: amor a Dios y amor al prójimo.

Su magistral sabiduría era una sola: “Chien Hsiang Ai” (amaos los unos a los otros).

Mo Ti, posterior a Confucio y a Mencio... En realidad, sin tiempo, sin calendario, ya que, por su sabiduría, Mo Ti, era hijo de la Eternidad.

Felicidad

Por mucho que sufras, por pequeño que te consideres, hijo mío, recuerda que más allá de los vaivenes de la vida, silenciosamente va elevándose en ti, el majestuoso árbol espiritual. Nadie sabe cómo, pero día tras día, adquiere fuerzas.

¡Estás hecho para la Sabiduría y Bienaventuranza!

¿No es ese, motivo suficiente para tu felicidad?

HASTINAPURA

diario para el alma

Edades humanas

Cuando somos niños, dependemos de nuestros mayores y vivimos supeditados a la voluntad de los adultos. Ya ancianos y sin fuerzas, volvemos a depender de los otros, como en nuestra lejana niñez. Sabiendo que venimos de la precariedad y marchamos hacia la precariedad, ¿Cómo ser orgullosos en la juventud y madurez del cuerpo? ¿Cómo ser arrogantes y soberbios poseyendo tan efímero tesoro? La belleza y salud del cuerpo físico, se disipan y decaen día a día. La criatura de conciencia elevada, no pone su felicidad en tan pasajeras dádivas: busca sí, unir su corazón espiritual a las leyes del Cielo donde se hallan realmente, los Bienes Eternos.

Pobreza

Si el rico no fuera tan pobre, no trataría de ser tan rico.

POSA TU MENTE EN DIOS.